

PRESENTACIÓN

Partidos políticos y transiciones inacabadas en América Latina

Tiziana Bertaccini

Università di Torino, Italia

Carlos Illades

Universidad Autónoma Metropolitana, México

Las movilizaciones que sacudieron América Latina en los últimos meses de 2019 han reavivado el debate, nunca concluido, sobre la democracia. El 2019 terminó con los peores indicadores democráticos desde el 2006, en un escenario mundial de general deterioro de la democracia. En efecto, si bien la región ha sido clasificada como la más democrática entre los países emergentes, presenta un *trend* (democrático) en constante disminución desde hace algunos años, tanto que la directora del Latinobarómetro Marta Lagos ha clasificado 2018 como “l’annus horribilis” que podría incluso marcar el fin de la tercera ola democrática. A partir de las transiciones se han evidenciado patologías crónicas en el funcionamiento de las democracias latinoamericanas que se encuentran siempre en riesgo de retroceder, lo que nos lleva a interrogarnos sobre la consolidación del camino democrático a lo largo del nuevo milenio y a poner en duda los resultados mismos de transiciones que hoy aparecen todavía inacabadas.

Una mirada de largo periodo al siglo XXI muestra un inestable y poco alentador panorama político de la región. En efecto, el subcontinente latinoamericano no sólo no ha encontrado una senda viable para asociar el crecimiento-desarrollo económico con la redistribución del ingreso, sino que tampoco ha resuelto el crónico dilema de la gobernabilidad, históricamente enfrentado con prácticas personalistas de tipo populista, cuando

no autoritarias, de la misma manera que tampoco ha podido encontrar modelos políticos realmente operativos.

Mucho se ha discutido sobre el modelo económico de América Latina, y también acerca de su renovada posición internacional. Sin embargo, la historiografía ha puesto menor atención que la ciencia política en el persistente problema de los sistemas y partidos políticos, y más en general de la cultura política, en la metamorfosis en curso de ésta.

El problema de la gobernabilidad se relaciona con la persistencia de instituciones débiles, con la desconfianza hacia ellas por parte de la ciudadanía, además de la necesidad de nuevos pactos sociales nacionales, capaces de colmar la brecha entre Estado y sociedad, para alcanzar una estabilidad duradera en sociedades fuertemente polarizadas en buena medida a causa de la desigualdad, los altos índices de pobreza y la precaria integración regional. Si bien la década virtuosa de crecimiento económico ha llevado a una mejoría de los índices de pobreza y desigualdad, América Latina nunca dejó de ser la región más desigual al mundo, con escenarios donde los signos de avance, favorecidos de la bonanza económica que permitió políticas redistributivas, contrastan con brechas nunca colmadas. Emblemático el caso de Chile donde, como señalan Claudio Llanos y David Aceituno, la pobreza ha acompañado la entera historia nacional y la trayectoria postdictadura recogió la tensión entre crecimiento y desarrollo, concentró más la riqueza e incrementó la fragilidad laboral, circunscribiendo los avances sociales a los marcos de la dictadura. Las consecuentes tensiones entre reformismo social y neoliberalismo se han plasmado en el nivel político haciendo de Chile uno de los países más desiguales de América Latina.

La primera década del siglo XXI se cerró con un balance positivo y una visión optimista sobre el futuro de la región, no sólo por el buen desempeño económico, sino también con respecto al proceso de democratización, ocultando que justo entonces comenzaba a crecer una multitud de ciudadanos indiferentes a la política, inclinados al abstencionismo y sin identificarse en el clásico espectro derecha-izquierda, quienes, alejados de la política, restaron apoyo a la democracia (Latinobarómetro 2018).

Una situación previsible si se considera que desde un principio las transiciones democráticas fueron marcadas por la desafección hacia las instituciones, que ha afectado in *primis* al Congreso y los partidos políticos, sufriendo el descrédito, llegando al final de 2018 al nivel mínimo de confianza con una media regional del 13%, lo que significa una disminución de 11 puntos con respecto de 2013. Este desapego a *la política*, en parte, se debe a causas estrictamente económicas, aunque también a razones de naturaleza política.

La débil consolidación democrática se expresa en la desconfianza hacia las instituciones que, en un círculo vicioso, redundan en su debilitamiento. Si bien las transiciones democráticas en América Latina conllevaron una modernización institucional, alcanzada por medio de un intenso proceso de reformas, ello no fue suficiente para traducirla en una modernidad política, frenando el proceso democratizador, así como el desarrollo de una cultura política genuinamente democrática. Por el contrario, condiciones como la profunda desigualdad social, o la economía criminal, refuerzan las formas más tradicionales de control político y engrasan el engranaje de la corrupción.

La desconfianza hacia los partidos tradicionales, aunado al rechazo de la colusión del dinero y la política, trajo a la escena pública a políticos carismáticos, a veces no profesionales, quienes consiguieron verbalizar la voluntad de cambio de una sociedad insatisfecha con la modernización excluyente del capitalismo desregulado. Características de estos "populismos" o "progresismos", son el poderoso apoyo popular, su origen en movimientos sociales y agrupaciones políticas nuevas, su emergencia como opción política en contextos de crisis económica o de legitimidad del régimen a consecuencia principalmente de la corrupción, la tendencia a prolongar los mandatos presidenciales para afianzar las reformas y problemas en el relevo gubernamental, sea por la pérdida del líder (Venezuela), falta de carisma del sucesor (Brasil) o ruptura de los pactos políticos entre el presidente saliente y el entrante (Ecuador). Más allá de eso, sin embargo, estos gobiernos, tanto de derecha como de izquierda, no desmontaron los regímenes políticos, ni tampoco han transformado los fundamentos económicos neoliberales, siendo incapaces de enfrentar la respuesta de las oligarquías regionales y nacionales. Por ejemplo, en el caso brasileño como evidencia Jacopo Bottacchi, el Partido dos Trabalhadores (PT), transformado en un partido personalista, ha sacrificado los proyectos de reforma profunda del Estado y de su estructura social. La reforma política para reducir la fragmentación, el clientelismo y la corrupción nunca fue parte de la agenda de Lula.

Las nuevas formas de autoritarismo son también hijas de las arquitecturas institucionales de la era democrática y de la política que las dibujó. La misma democracia electoral, una condición mínima de democracia, que al principio del milenio se daba por alcanzada, ha manifestado profundas limitaciones. Las instituciones electorales, organismos autónomos y especializados creados para garantizar la independencia de los procesos electorales, han sido muchas veces un medio para perpetrar prácticas autoritarias. Por tanto, no debe sorprender que el momento fundacional del lopezobradorismo sean las cuestionadas elecciones del 2006, como explica Matías X. González, donde el candidato perredista desafió al sistema representa-

tivo bajo el supuesto de que el cómputo electoral había sido alterado. Asimismo, han proliferado democracias plebiscitarias, proclives a manipular o distorsionar los instrumentos de democracia directa en favor del líder en turno, *en primis* el referéndum, como ocurrió en Bolivia en 2016.

Para comprender las transiciones en el siglo XXI el análisis de los partidos políticos resulta fundamental, dado el papel que cumplen en la consolidación democrática. Más todavía en los sistemas representativos en constante deterioro por la tensión entre modernización institucional y arcaísmo político, lo cual requiere mayor atención por parte de la historiografía, tentativa de los colaboradores de este número.

El nuevo milenio se ha abierto con la victoria electoral de las nuevas izquierdas ocurrida en la llamada “media década perdida” (1998-2003), caracterizada por la crisis económica, el crecimiento de la pobreza —consecuencia de las políticas neoliberales de los años 80 y 90—, las movilizaciones sociales y un severo problema de representación. Observamos la insurgencia de los sectores sociales castigados o excluidos por la globalización. Ello iluminó el horizonte progresista. No obstante, se ha tratado más del rechazo hacia el *statu quo* que de un electorado inclinado a la izquierda, acorde con la disyuntiva gobierno-oposición y no en la dicotomía derecha-izquierda. En efecto, según algunas estimaciones cuando se dio el auge progresista, la media del electorado de la región se ubicaba en el centro político: en el año 2006, el electorado de izquierda no superaba el 34% en ningún país, mientras que, en Venezuela, los datos mostraban paradójicamente un electorado orientado levemente más a la derecha con respecto de la media latinoamericana.

La primera participación de Andrés Manuel López Obrador en la carrera presidencial de 2006 ocurrió en un entorno favorable para las izquierdas latinoamericanas; en su tercer intento, el panorama era sombrío para éstas. Casi todas se hicieron gobierno a consecuencia de la crisis de los partidos tradicionales y administraciones venales. Luiz Inácio Lula da Silva, obtuvo la presidencia a la cuarta oportunidad y gobernó durante dos periodos (2003-2010). El obrero metalúrgico paulista consolidó a Brasil como potencia emergente (la mayor economía latinoamericana), rescató de la pobreza a más personas que ningún gobierno del subcontinente, multiplicó la matrícula en la educación superior y colocó a las universidades brasileñas en los primeros lugares del ranking latinoamericano. No obstante, el fundador del PT sería encarcelado en 2018 por cargos de corrupción pasiva y lavado de dinero, tan frágiles como desmesurado el afán de la oligarquía brasileña de dejar fuera de la contienda presidencial de ese año al candidato con mayores posibilidades de triunfar. 18 meses después Lula obtendría la libertad bajo caución.

En 2015 la victoria de Mauricio Macri en Argentina dejó ver la caducidad de los modelos políticos hijos de las transiciones democráticas, la ralentización del “giro a la izquierda” —con los llamados gobiernos progresistas—, al agotamiento chavista, la crisis del lulismo y la derrota del Frente Amplio en Uruguay. Con las elecciones de 2017-2018 el cambio de ciclo político permitió la victoria de gobiernos conservadores, a excepción de México, donde el lopezobradorismo ganó la presidencia, mientras la derecha del Partido de Acción Nacional (PAN), como ilustra Andrea Bussoletti, no supo capitalizar la favorable coyuntura latinoamericana. Recusando una narrativa sustentada en argumentos xenófobos y soberanistas, sin ocuparse del tema de la seguridad, la propuesta electoral del PAN resultó poco atractiva para la sociedad, también por su cercanía con el gobernante Partido Revolucionario Institucional (PRI) a lo largo de la transición, involucrado éste en escándalos de corrupción que superaban con creces a los precedentes. La corrupta administración de Enrique Peña Nieto (PRI), la desaparición forzada de los 43 estudiantes de la normal de Ayotzinapa en septiembre de 2014, y las decisiones puntuales como el aumento del precio de los combustibles en 2017, favorecieron la candidatura de López Obrador. Con la promesa de un “cambio verdadero”, el político tabasqueño concentró en un polo a la izquierda política e ilusionó al electorado. En el tercer intento, López Obrador ganó la presidencia en julio de 2018 con una mayoría contundente, aunado a la pronunciada pendiente del voto panista, priista y perredista. Con una innegable preocupación social, los puntales lopezobradoristas en el ejercicio gubernamental han sido las corporaciones caras al conservadurismo clásico (el Ejército, las iglesias y la familia), mostrándose francamente adverso a las reivindicaciones del flanco progresista de la sociedad (feministas, ecologistas o autonomía de los pueblos originarios).

En el ciclo 2017-2018 el electorado latinoamericano volvió a expresarse en favor de candidatos *antisistema*, mas en esta ocasión hacia la derecha —salvo México— a causa de la reducción de los márgenes distributivos, aunada al malestar por la deficiente o nula seguridad pública, la corrupción —acrecentada en la era democrática, aunque cada vez menos toleradas por la sociedad— detonadora de múltiples protestas callejeras. No cabe duda que, en democracia, la corrupción ha comprometido la estabilidad política en las distintas geografías. Aquélla, junto el clientelismo político, es otro rasgo dominante la región. En efecto, desde la conformación de los Estados nacionales, el clientelismo evolucionó hasta detonar actualmente en escándalos de proporciones exorbitantes, los cuales han involucrado a varios presidentes, incluso en países considerados los más avanzados en su proceso de modernización. La senda democrática la empedró la corrupción —mezclada ahora con el crecimiento exponencial de la economía

criminal en algunos países— que ha acompañado la metamorfosis de la política. Ésta, no obstante, permanece atada a formas de “hacer la política” propias de culturas políticas tradicionales.

Los artículos de este volumen son producto del trabajo de jóvenes investigadores en un ejercicio de historia del presente. Los casos de México, Brasil y Chile abordan los sistemas políticos a lo largo del nuevo milenio, focalizándose en los partidos políticos, e iluminan los límites del camino democrático y las causas de la cesura en las elecciones de 2018. Jacopo Bottacchi, “El Brasil de Lula y Dilma. La izquierda brasileña desde el ‘complejo dos vira-lata’ hasta un país de ‘clase media’”, traza la evolución del PT, desde la redemocratización brasileña hasta la crisis política de Dilma Rousseff, con el final del pacto social creado por el gobierno Lula. El texto de Bottacchi es una interesante aproximación a la fragmentada izquierda brasileña, siguiendo la transformación del PT, que, con el amparo del “espíritu de Anhembi” en 2002, acabó convirtiéndose en un partido socialdemócrata. Dentro de un sistema presidencialista de coalición mutó la base electoral del PT, convirtiéndose en un partido personalista que desatendió reformas políticas indispensables para el país. Por su parte, Claudio Llanos y David Aceituno, “¡No son 30 pesos son 30 años! Chile, 1988-2019. ¿Los fracasos de la transición y el modelo económico chileno?” ofrecen una explicación de las movilizaciones de 2019 analizando un largo periodo que pone en evidencia problemas económicos, sociales y políticos irresueltos que han afectado el Chile desde la transición democrática. Enfatizando los cambios y continuidades de la posdictadura, el estudio observa las fragilidades del sistema político chileno, todavía anclado a viejas prácticas políticas, así como los acuerdos dentro de la élite distintivos de la política de “chorreos” que, con los años, ha drenado las conquistas sociales.

Dos contribuciones se refieren a México. Andrea Bussoletti, “El 2018 de Acción Nacional. ¿Ocasión perdida o crisis abierta?”, es un sugerente análisis del comportamiento político del Partido Acción Nacional (PAN) y de su función dentro del sistema político, desde la alternancia del 2000 hasta las elecciones de 2018. El artículo se detiene especialmente en el papel del PAN en la oposición analizando los procesos electorales de 2015 y de 2017, cuando la política de coaliciones se convirtió en el eje central de la acción política panista, una de las causas de la derrota de 2018. En un contexto internacional y regional propicio para opciones conservadoras, el texto argumenta las razones por las cuales la derecha mexicana no supo capitalizar esta coyuntura favorable, abriendo paso a la opción antisistema de López Obrador. En tanto que Matias X. Gonzalez, “La constitución de MORENA (2006-2019). Entre democracia y representación”, nos habla de la maquinaria y el discurso políticos que permitieron la victoria lopezo-

bradorista en 2018. Andrés Manuel López Obrador se sobrepuso a dos elecciones adversas en Tabasco (1988 y 1994), la segunda groseramente fraudulenta, antes de competir por la jefatura de Gobierno del Distrito Federal en 2000, la cual ganó apretadamente al aspirante panista. Ello, aunado a presidir exitosamente el Partido de la Revolución Democrática (PRD) además de la fallida presidencia de Vicente Fox (PAN), abrieron la ruta al político tabasqueño para disputar la presidencia de la República en la cuestionada elección constitucional de 2006.

Al tiempo que el lopezobradorismo ganó la presidencia mexicana, el ciclo del llamado progresismo latinoamericano parecía llegar a su fin. Sin embargo, esto no ha resultado así. Si bien el Frente Amplio perdió la presidencia uruguaya, el kirchnerismo está de vuelta en Argentina y el Movimiento al Socialismo en Bolivia, mientras que en Ecuador y Brasil las izquierdas tienen buenas posibilidades de triunfo. De todos modos, ello no es indicativo de la culminación de las transiciones democráticas aún inacabadas en América Latina, dado que no se han transformado a fondo los sistemas políticos, continúan la oligarquización de los partidos sumada a los liderazgos personalistas, el vacío ideológico, las coaliciones integradas más por el pragmatismo que por agendas políticas claras, el clientelismo, la propagación del discurso antipolítico e incluso cierta regresión democrática en algunos casos. Sirvan los casos analizados a continuación para avanzar en esta también inacabada discusión.